

Un cuento para el
carnaval de Sarriguren

Los días cabeza abajo

Patxi Irurzun



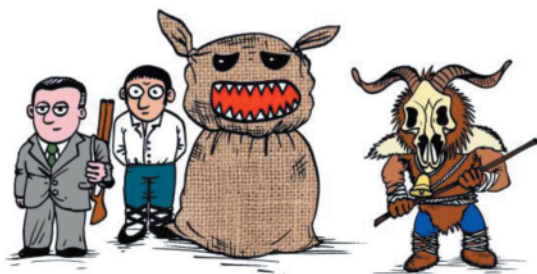
PRÓLOGO

Otro año más llegan los carnavales a Sarriguren. Pero este año con simbología y personajes propios que regresan desde aquel Sarriguren rural ya desaparecido.

El viernes de carnaval lo rural volverá a recuperar su espacio. Se cambiarán las reglas, la magia tomará las calles, avisaremos a la tierra de que el invierno se va acabando y finalmente quemaremos a *Zakuton* para deshacernos de lo caduco y ahuyentar a los malos espíritus.

Mediante este cuento entre la ficción y la realidad queremos dar a conocer a los personajes que nos acompañarán de hoy en adelante en nuestros carnavales. Un relato escrito por nuestro vecino y escritor Patxi Irurzun a modo de pincelada de cómo pudo ser la vida de antaño, cuando aquellas gentes vivían de muy distinta manera.

"Zakuton", el amo *"Jauntxo"*, el capataz, el cura *"Apaiza"*, las/os labradores *"nekazariak"*, el oso *"Hartza"*, el pastor soltero *"Artzain mutilzaharra"*, los mocosos/as *"Mukizuak"*, *ijitoak*, espíritus, *akerrak*... Todos estos personajes forman parte de la historia de nuestro pueblo. ¡¡Reapareced en Sarriguren y que empiecen los carnavales!!



Agradecimiento a Manu y Helena Gorriz por las fotos y algunos recuerdos

© del cuento Patxi Irurzun 2017/ Dibujos personajes: © David Satrustegui

Traducción a euskera: Maider Sukuntza / Color y diseño gráfico: David Beré

Edita:



Financia
y distribuye:



AYUNTAMIENTO
del VALLE de EGÜES
EGUESIBARKO
UDALA

LOS DÍAS CABEZA ABAJO

Patxi Irurzun

—¡Raca-raca!

Y también:

—¡Tolón, tolón!

Eso es lo que recuerdo, ahora que me preguntáis cómo eran Sarriguren y sus carnavales hace años, cuando todavía aquí vivíamos cuatro gatos y todas estas casas y los supermercados y el polideportivo eran campos de trigo y a nadie se le había ocurrido construir el colegio justo donde el viento parece el resoplido de un oso polar comiéndose un helado, ¿no os parece?

—¡Raca, raca!

Y también:

—¡Tolón, tolón!

Ruido.

Ruido de cencerros y carracas.

Eso es lo poco que recuerdo, jóvenes. El escándalo que armábamos. Y lo bien que nos lo pasábamos. Y cómo, por unos días, quienes no lo pasaban tan bien eran el cura y el capataz y el amo...

El mundo al revés, vamos.

En Sarriguren por entonces, igual no me creéis, pero solo había dos o tres casas. Y, aunque nuestros padres y sus padres y los padres de sus padres habían vivido en ellas y trabajado las tierras toda la vida, nada de todo aquello era nuestro, sino del amo, un señor al que casi nunca veíamos o al que cuando veíamos solo era porque venía a llevarse una gallina o un cuto o a recoger un fajo de billetes que el capataz, que era un poco pelota, le daba y que era el dinero que había ganado vendiendo el trigo.

El trigo que nosotros habíamos plantado y cuidado y recogido.

—¡Raca, raca!

Y también:

—¡Tolón, tolón!



Eso es lo que recuerdo. Y también que solía ser al acabar el invierno, cuando los gitanos acampaban junto al río. Y que algunas noches Nicaxio, un pastor soltero, bajaba del monte y cenaba con nosotros y nuestros padres le llenaban el vaso de vino, una y otra vez, una y otra vez, hasta que él se arrancaba a cantar y contaba chistes verdes y se disfrazaba de mujer... Y que todos nos reíamos mucho, porque era la mujer más fea del mundo y también porque Nicaxio, el pastor, en realidad era un hombre muy vergonzoso, que durante el resto del año solo hablaba con sus ovejas.

El mundo al revés, sí.



Algunas noches, Nicaxio, el pastor, también hacía un muñeco, llenando unos sacos con paja y poniéndole un sombrero viejo, y encendíamos una hoguera y después quemábamos el muñeco, al que llamábamos *Zakuton*. Me gustaba aquel olor a paja quemada, y también el de las cacas de oveja, que al día siguiente, cuando Nicaxio, el pastor, volvía al monte, había dejado su rebaño por los caminos.

—¡Raca, raca!

Y también:

—¡Tolón, tolón! —sacudíamos los cencerros, mientras pisábamos aquellas cacas negras y chiquiticas, como conguitos, y también hacíamos girar las carracas con fuerza, sobre todo cuando pasábamos debajo de la casa del capataz, o cuando bajábamos hasta Burlada y entrábamos en los jardines del palacete del amo, o cuando subíamos hasta Badostain y nos poníamos debajo de la ventana del cura.

—¡Sinvergüenzas, robaperas, gamberros! —se asomaba él muy enfadado—. ¡Al que lo coja lo mando a Olaz-Txipi! —nos amenazaba con un bastón, y nosotros salíamos corriendo asustados, porque Olaz-Txipi era un reformatorio que había al otro lado de la carretera, que debía de ser horrible, pues cuando nuestros padres se enfadaban mucho con nosotros decían: “¿Qué quieres, acabar en Olaz-Txipi?”.

—¡Raca, raca!

Y también:

—¡Tolón, tolón! —hacíamos todo el ruido que podíamos, y recuerdo que a nuestro paso, al escuchar nuestros cencerros y carracas, las espigas de trigo se iban desperezando y que los rayos de sol pintaban flores de colores en las ramas de los árboles y que las chipas y los cabezones se despertaban en los charcos y los riachuelos congelados.





—¿Por qué la vida no será siempre como ahora? —me preguntaba yo entonces, pues aquellos días cabeza abajo eran lo más parecido a la libertad que uno puede imaginarse, ¿no os parece?

Y recuerdo también que cuando, huyendo del cura, llegábamos hasta el río, donde acampaban los gitanos, algunos niños se juntaban con nosotros, y que nos parecían muy extraños, tan morenos o tan rubios, con el pelo largo y las ropas de colores, y que los envidiábamos en secreto, porque aquellos niños no iban a la escuela ni a la peluquería y vivían en carromatos y siempre viajaban en la dirección del sol.

—¡Raca, raza!

Y también:

—¡Tolón, tolón! —se unían al ruido de nuestros cencerros y nuestras carracas, ellos golpeando pucheros, sartenes, calderos, que tenían a montones, porque sus padres se dedicaban a ir de casa en casa recogiendo para arreglarlos.

Y creo recordar también, sí, ahora que me lo preguntáis, jóvenes, que aquellos gitanos traían consigo un oso. No, no era un oso polar, ni comía helados, pero sabía bailar subido a un taburete mientras alguien tocaba el acordeón. Y que un año, después de su actuación, apareció una gitana muy guapa, con el pelo azul y los ojos como estrellas y que entre sus manos llevaba una bola de cristal.

—Veeeeeo casas, muuuchas casas —dijo, frotándola, y parecía que su voz en vez del pecho le salía de una cueva—. Veeeeeo niños, muuuchos niños, venidos de todas las partes del mundo. Veeeeeo tiendas y bares y perros y jardines para que hagan pis los perros. Veeeeeo toooodo muy cambiado, aquí en Sarriguren, dentro de unos años —dijo, y nosotros nos reímos, porque aquello no se lo creía nadie.



Así que echamos otra vez a correr, agitando los cencerros y haciendo girar nuestras carracas:

—¡Raca-raca!

Y también:

—¡Tolón, tolón!

Y eso, ahora que me preguntáis, es todo lo que recuerdo, jóvenes.

Pero tampoco me hagáis mucho caso. Yo ya soy mayor y la memoria me falla y tal vez las cosas fueron así, pero tal vez fueron de otra manera, quién sabe. Y qué importa. Y es que a veces, como dice la canción, no se sabe muy bien si es el mundo el que se ha vuelto del revés o uno el que está cabeza abajo.

¿No os parece?

FIN





Buruan zakua duen Sarrigurengo bizilaguna, normalean eguneroko lanak egiteko erabiltzen zuena.
Gure inauterian ere omenaldi moduan eramanen dugu.

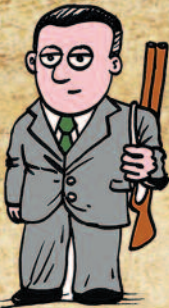
*Vecino de Sarriguren con un saco en la cabeza, con el que habitualmente hacían las faenas.
En nuestro carnaval lo llevaremos también a modo de homenaje.*

Personajes del carnaval de Sarriguren

Sarrigurengo inauteriko pertsonaiak



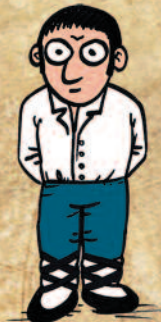
Zakutõn



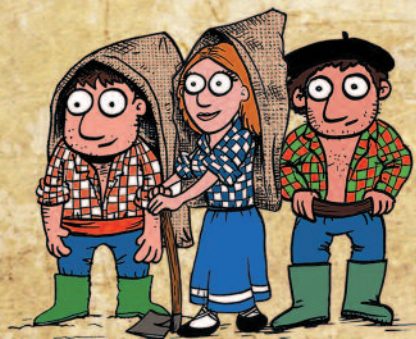
Jauntxo



Apaiza



Kapataz



Nekazariak



**Artzain
mutilzaharra**



Mukizuak



Hartza



Ijitoak



Akerrak